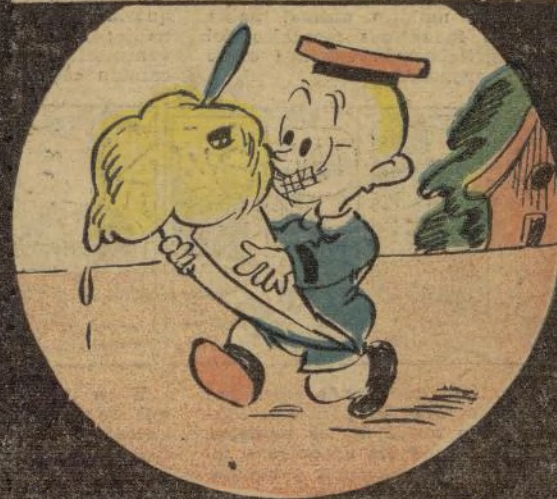
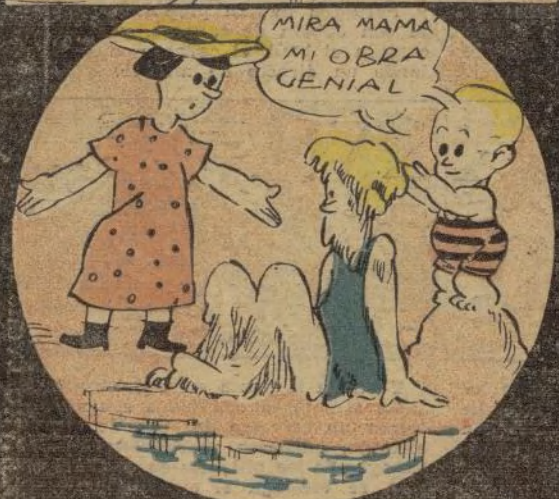
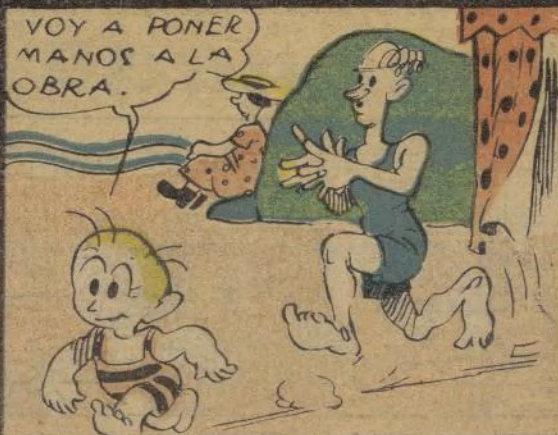


AÑO VI.—NUM. 258

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)

Madrid 19 de abril de 1934

EL ESCULTORCITO PRECOZ



EL CAMBIAZO



Turulito tenía envidia al ver que el perro de su vecino llevaba una hermosa manta, mientras el suyo iba dando tiritones.



Turulito despojó al perro burgués de la suya, y se la puso a su perrito, pero para que no notasen el cambio, Turulito le pintó al desposeído una preciosa manta. Todos contentos.



Turulito le pintó al desposeído una preciosa manta. Todos contentos.

LA COMIDA Y EL PENSAMIENTO

En opinión de un médico inglés, el estómago no es sino la antecámara del cerebro; sirve de distribuidor general de los elementos nutritivos que caen en él, repartiendo una parte para la sangre, otra para formar huesos y músculos, y otras para la grasa, las fibras



etcétera. Por eso nuestro alimento no sólo nige nuestros órganos digestivos, sino también nuestros pensamientos, nuestras acciones, nuestra moralidad, nuestras opiniones y toda nuestra vida. La comida hace a cada hombre ser como es.

Fuseli, el pintor, comía carne cruda cuando quería llevar su imaginación a lo horrible, y otro tanto hacía Mrs. Radcliffe, cuando estremecía al mundo con sus "Misterios de Udolpho".

Sydney Smith señala la importancia de la comida para el hombre. "La mitad de la infelicidad del hombre—dice—proviene de pequeñas obstrucciones, de un conducto atascado, de un poco de alimento que se agolpa en mal lugar, de un duodeno molesto o de un pílora agitado".

A las naciones y a los individuos (con las debidas reservas por lo que hace a la herencia, y eso

que también ésta depende de la alimentación), se les conoce mejor por lo que comen que por sus demás aficiones. Los alemanes deliran por la carne de cerdo, y de ahí los gruñidos de su lenguaje, su pesadez y su falta de ingenio.

El francés es más delicado y menos glotón. Sus ensaladas y sus salsas picantes le hacen mordaz.

—¿Con qué mezcla usted los colores, Mr. Etty?—preguntó un estudiante al brillante colorista.

—Son sesos, hijo, con sesos—respondió el pintor.

Lo mismo puede decirse de las ensaladas francesas. El francés las mezcla con sus sesos y, en efecto, su ingenio se deriva muchas veces de la cocina.

—¿Escasean ahora los huevos, monsieur Brignon?—dijo el príncipe Soltykoff al célebre fondista que le cobraba cincuenta francos por un solo plato.

—No, príncipe; lo que escasean son los príncipes Soltykoffs.



Esta es la sal, la verdadera mezcla ática. Por eso el francés es el inventor de las salsas, del latín "salsus", salado, lo mismo que es el árbitro de las modas.

Juan Sebastián Bach, el gran compositor alemán, que algunos

consideran como el mejor de los compositores, era por lo menos, uno de los que peor genio han tenido. Un día que el organista de la iglesia de Santo Tomás ensayaba en su presencia, cometió una equivocación, y Bach se enfureció de tal suerte, que arrancándose la pe-



luca y tirándose la a la cara le gritó con voz de trueno: "¡Más valía que os dedicáseis a remendar zapatos!"

Otro músico eminente que no sabía dominar sus arranques de mal humor, era Beethoven. Alguien ha dicho que estaba loco, y la verdad es que en ocasiones lo parecía. Cuando daba lecciones a señoritas, sobre todo, se ponía nervioso, y a lo mejor destrozaba los muebles, hacía trizas el papel de música o tiraba una escribanía contra el piano.

Cierto día que estaba tocando en una reunión, alguien le interrumpió, y exclamando: "No quiero seguir tocando para cerdos", se levantó y salió de la sala.

De las eminencias musicales de hoy día, más vale no hablar, ni citar nombres siquiera; las hay que, junto a ellas, resultan ángeles los iracundos compositores de que acabamos de hablar.

IR POR LANA.



Dos fieros atracadores estaban planeando la manera de dar un golpe productivo paseando tranquilamente vieron a un rico propietario, y



dirigieron hacia él—uno por cada lado—, para darle el golpe. Y cuando la víctima parecía más distraída, ¡allá va eso! le largaron



dos formidables directos. Pero, como veis, los fieros atracadores dieron un golpe, que iba a ser un golpazo.

Aventuras de Tarugo y Perdígón



Su fracaso en la caza del carnero traía descompuesto y nervioso al capitán, tanto que arrojó de su casa a los amigos, y no muy finamente como podéis ver. A éstos, sobre todo a Barba-Cana, les sentó muy mal aquello.



Terre-Moto, mientras tanto, rumiaba su desesperación, por su fracaso, y llamaba en su ayuda al trueno y al rayo para pulverizar al maldito carnero que era su pesadilla, su obsesión, su tortura y su suplicio espantoso.



Y para colmo de males, hasta los juguetes parecían tomarle el pelo, recordándole su aventura con el carnero de las montañas. Aquello era intolerable, insuportable, no se podía consentir, no se podía aguantar.



Terre-Moto era un cañón del cuarenta y dos disparado; su rabia era tan grande que le hinchaba el pecho haciéndole resoplar como una fragua. "¡Acabaré por volverme loco!"—rugía el obsesionado capitán.



Ni la buena de mamá Tecla podía contener el ímpetu desatado del cazador de carneros. Aquel maldito animal había perturbado las facultades mentales del marino, que gritaba y vociferaba como un coro de energúmenos.



Terre-Moto se encerró en su habitación dispuesto a que no le molestaran. No quería ver a nadie. No quería hablar a nadie; la vida era odiosa para el desventurado, la vida era para él como un camión con las ruedas pinchadas.



Y decidido a abandonar la isla mudo testigo de sus dolores, comenzó a preparar el equipaje para hacer su nido en otros países, como hacían las golondrinas del poeta, y como hacemos nosotros cuando nos echa el casero.



Pero hasta el baúl le reservaba sorpresas que eran una burla más. Tarugo y Perdígón habían preparado un resorte con cabeza de carnero, y al abrir el capitán el baúl, el carnero misterioso le lanzó un directo de muerte.



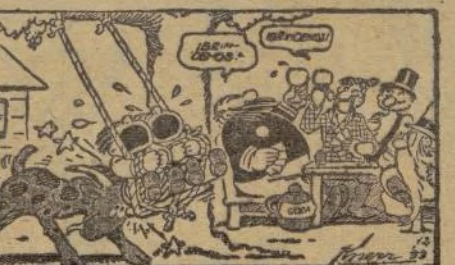
Salió el capitán mascullando amenazas y vociferando contra los pilluelos. Partió el capitán en busca de los pilluelos, y jurando que donde los encontrase tomaría en ambos una ejemplar y saludable venganza.



Y en un recodo del camino del bosque de los carneros, el furibundo se los encontró adornando las rocas con edificantes ilustraciones que reproducían los momentos más edificantes de la lucha del hombre y la bestia.



Igual que el aguija se lanza sobre los polluelos de hipopótamo, lo mismo que los conductores de "taxis" se arrojan sobre los pacíficos transeúntes, así se abalanzó el capitán sobre Tarugo y Perdígón, exclamando: "¡Miserables!"



Y vuelta la paz a su espíritu atormentado, el capitán convidó a sus amigos a tomar un refresco de jugo de cocodrilo anciano, mientras acariciaban sus oídos los ayes de los pilluelos en quienes, como veis, se yembaga el capitán.

"LAS OVEJAS Y LAS CABRAS" CUENTO

Dios puso al hombre sobre la tierra. El hombre se construyó una casa. Dios puso las cabras en la tierra. Pronto fueron muchas cabras las que tuvieron su vivienda. Dios puso a las ovejas sobre el suelo. Pronto fueron muchas ovejas las que tuvieron su vivienda. Dios puso a los leopardos, a las hienas y a los leones en la tierra, y cada uno tuvo su vivienda. Pero los animales se comían todas las tardes cabras y ovejas.

Un día, la cabra fué a ver a la oveja



y le dijo: "¿Qué vamos a hacer?" Todos los días los animales carnívoros roban uno o varios de nosotros. "¿Qué haremos contra eso?" El carnero dijo: "No podemos hacer nada. Hay que dejar que las cosas sigan como están. Puede que si hiciéramos algo las empeoráramos". La cabra dijo: "A pesar de tus razones, que estimo en lo que valen, yo voy a declarar la guerra a los animales carnívoros".

Pero la cabra era valiente y decidida y no cejó en sus propósitos de hacer la guerra a los animales carnívoros. Fué a su casa y le dijo a su hermana, que vivía con ella: "Hazme para mañana unas buenas tortas frescas". Luego preparó una hermosa espada, y pidió prestadas a los hombres unas pieles de leopardo y de león. Al día siguiente se colgó la espada al cinto juntamente con las pieles prestadas por los hombres, y se diri-



gió a la casa del leopardo. Este estaba precisamente acostado a la puerta de su vivienda, y su mujer le dijo viniendo a despertarle: "Mira; por el camino vienen las cabras que comemos siempre". El leopardo exclamó: "No es posible; las cabras no son tan tontas y no iban a ponerse ellas solas al alcance de nuestras garras. Esto no me parece natural, así es que vamos a enterarnos qué es lo que quieren. Sal tú y ofréceles una taza de agua".

La mujer del leopardo se acercó a las cabras y les dijo saludándoles: "¿Qué os trae por aquí? Tomad un poco de agua clara para que os refresquéis." Pero la cabra entonces dió una patada a la taza y dijo groseramente: "¿A qué me ofrecéis agua sin haber comido antes? Dame ese hígado del leopardo que maté ayer"—prosiguió dirigiéndose a su compañera. Esta sacó una de las tortas, y la cabra dió un gran mordisco escupiendo en seguida los pedazos al tiempo que exclamaba: "¡Este hígado no está fresco! Voy a matar al primer leopardo que encuentre, pues el hígado de leopardo es mi plato favorito". Y diciendo esto desenvainó el espadón y comenzó a dar tajos terribles al aire. Al ver y oír aquello,



el leopardo temió por su vida pensando que aquella cabra debía de tener un poder oculto para matar a los leopardos, y llamando a su esposa huyeron; entonces las cabras incendiaron la casa del leopardo y se dirigieron hacia la vivienda del león, en donde repitieron la escena, con idéntico resultado.

Las cabras volvieron a su casa, y al día siguiente les visitaron la oveja y el carnero. Maravillados escucharon la aventura de sus vecinas, y el carnero pensó que aquello resultaba muy fácil y que de aquella manera podía él también hacer la guerra a sus enemigos. Pidió prestadas unas pieles y una larga espada, mandó a la oveja que confeccionase unas tortas, y cargado con todos sus bártulos se dirigió en busca del leopardo, al que encontró tiritando de frío tras de unas peñas. Pero el leopardo, que tenía mucha hambre, no se fijó ni en la espada, ni en las pieles que llevaba el carnero, y



dando un salto cayó sobre él, mientras su señora la leopardo se desplomaba encima de la oveja. Diez minutos después, la pareja de leopardos se había tragado a la pareja de ovejas.

LOS TRES AVENTUREROS CONTINUACIÓN



CAPITULO IX

El Suplicio

Después de un rápido galope, la comitiva llegó al campamento, donde fueron recibidos por el resto de los bandidos con demostraciones de regocijo ante el botín que portaban los asaltantes del convoy.

Los tres prisioneros fueron conduci-



Apoyando espalda contra espalda, los aventureros, que estaban atados como fardos, consiguieron incorporarse y mirar por una de las ventanas que tenía la habitación. A lo lejos, a unos cien metros, distinguieron con asombro cómo se elevaba un globo cautivo, sostenido por gruesas cuerdas a unos treinta metros del suelo. Polo pensó acertadamente, sin duda, que aquel globo debían de haberle robado los bandidos



Los tres prisioneros fueron conducidos a un caserón de madera, y brutalmente les arrojaron a una estancia cuadrada, sin mueble alguno, y cuyo suelo era la arena del desierto. Polo reanimó a su compañero Boston, que parecía gravemente herido por el brutal culatazo recibido en la cabeza. Pero los temores de los muchachos desaparecieron en parte al ver cómo el simpático negro sonreía como si no le hubiese pasado nada.



del desierto y le utilizaban ahora para ejercer desde él una activa vigilancia y acechar el paso de las caravanas. Con gran asombro distinguieron también cómo unos cuantos de aquellos miserables doblaban con cuerdas cuatro palmeras colocadas en cuadro y las ataban luego en estacas fortísimamente clavadas en la arena. El ruido de la puerta de la prisión les hizo volver la cabeza, al tiempo que dos de los ban-



del desierto y le utilizaban ahora para ejercer desde él una activa vigilancia y acechar el paso de las caravanas. Con gran asombro distinguieron también cómo unos cuantos de aquellos miserables doblaban con cuerdas cuatro palmeras colocadas en cuadro y las ataban luego en estacas fortísimamente clavadas en la arena. El ruido de la puerta de la prisión les hizo volver la cabeza, al tiempo que dos de los ban-



punta de aquella palmeras atarían a cada uno de los prisioneros de pies y manos, para luego cortar las cuerdas de retención. Al enderezarse las palmeras encogidas como arcos en tensión despedazarían bárbaramente a los apresados.

Fin del capítulo IX





Esto de cazar liebres a lazo es mi deporte favorito. Llevo siete días entrenándome, y puedo asegurar que donde ponga el ojo pongo el ayo digo pongo el lazo.



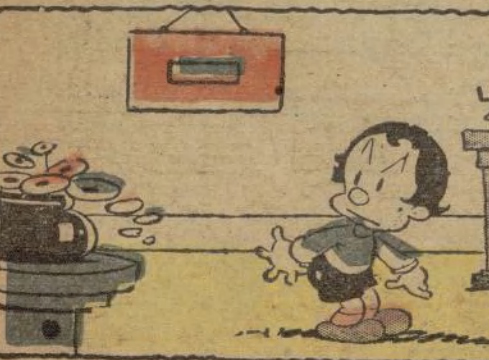
¡Rebanastas! ¡Aquello no es una liebre! ¡Es un canguro! ¡No se me va! Soy un tío de suerte, y voy a hacer una cacería emocionante. ¡A la una! ¡A las dos! ¡y...



¡a las tres! ¡Hurra! ¡Bravo! ¡Hip, hip, hip! como dicen los ingleses de la Francia. Lo he cazado sin remedio. Soy el tío más castizo de todos los cazadores.



Pero, como veis, don Severo tenía una vista como para meterse a relojero. Lo que había tomado por un canguro era, una liebre que salía de un tronco del árbol que era su madriguera.



"Tengo que ir a jugar mi partido de 'basket-ball'. Voy a darme prisa, porque ya me estarán esperando mis compañeros de equipo para comenzar."

PRISIONEROS DEL MAR

CONTINUACIÓN



El piloto Ramírez y todos los muchachos se acercaron corriendo, mientras cargaban sus armas, al sitio donde había caído herido Alberto. Allí estaba mortalmente herido al parecer. Los ojos cerrados, pálido como la cera, sin hacer movimiento alguno y sin oír las palabras de cariño y aliento que le dirigía Enrique. El piloto se inclinó sobre el cuerpo del joven, y abriéndole la camisa descubrió una profunda herida a la altura de la cuarta costilla del lado derecho. Quedaba la posibilidad de que el cuchillo no hubiese



partida de nuestros exploradores, según hemos visto, ellos tres habían remontado la cumbre del acantilado por el cauce seco de un torrente, y atravesando rápidamente la meseta se habían descolgado por la orilla del río, y habiendo derribado una de las puertas de la gruta, habían penetrado en ella. Ramírez temió no llegar a tiempo de evitar alguna catástrofe. Así es que, tomando una rápida resolución, hizo que Martín, Juanito y Santiago quedaran cuidando de Alberto, y él, con Alvaro, Enrique, León y Ramiro salió a paso



perados momentos, nuestros amigos no podían hacer otra cosa que correr hacia el río para probar de cortar la retirada a los fugitivos, que les llevaban notable ventaja. No podían disparar porque corrían el peligro de herir involuntariamente a los niños raptados. Pero allí estaba el valeroso Spot. La escena pasó en menos tiempo del que se tarda en contarla. El fiel perro llegó en cuatro brinco, y de un salto prodigioso se lanzó al cuello de Esteban. Este, para defenderse, soltó a Gabriel, y comenzó una lucha horrible por su vida.



interesado el pulmón, y en tal caso podía abrigarse alguna esperanza, no muy sólida, de salvarle la vida. "Es necesario llevarlo inmediatamente a la cueva—dijo Alvaro—. Sólo allí podremos curarle y atenderlo debidamente." "Y hay que salvarlo a toda costa—añadió Enrique emocionado—. Por mi ha arriesgado su vida." Ramírez aprobó la proposición de transportar inmediatamente al herido, tanto más cuanto que parecía que la lucha había terminado por entonces. El enemigo, viendo, sin duda, que llevaba la peor parte, se había de-



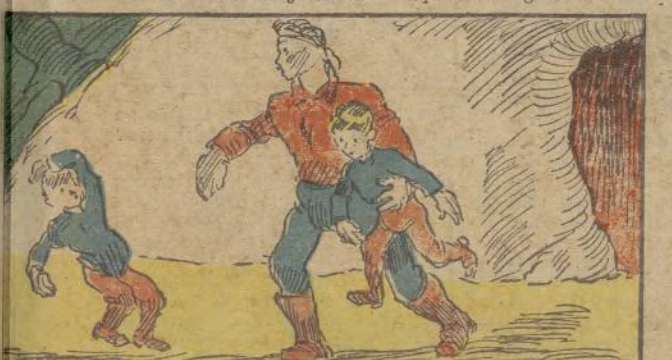
carga hacia la cueva. En cuanto dieron la vuelta a la roca, que se impedía la vista de la explanada que se extendía delante de su refugio, vieron un cuadro que les llenó de horror, y que a cualquiera menos animoso hubiera quitado toda esperanza. En aquel momento salía de la cueva Perry, llevándose violentamente a uno de los niños, a Pablo, el hermano de Enrique, mientras Margarita, valientemente, luchaba con el bandido para arrebatarle su presa. Poco después salía también de la gruta otro de los malhechores, Este-



Entre tanto, Perry huía hacia el río, llevándose a Pablo. En esto otro hombre salió corriendo de la gruta. Era Mauricio. Perry creyó que iba a reunirse con él y ayudarlo, y en esta creencia le gritó: "¡A mí, Mauricio, ven, ven!" Al oír esto, Ramírez iba a hacer fuego sobre Mauricio, cuando vio que éste se lanzaba furiosamente sobre Perry para arrebatarle su presa. Perry, desconcertado, tuvo que soltar a Pablo para defenderse del que le atacaba, y sacando su cuchillo, tiró un fiero tajo a Mauricio, que cayó a tierra malherido. En



El estado de Alberto exigía las mayores precauciones en su traslado. Ramiro y León hicieron con ramas y hojas unas parihuelas, y sobre ellas tendieron al herido, que seguía privado de conocimiento. Luego, cuatro de sus compañeros lo levantaron con toda suavidad, mientras los demás lo rodeaban llevando los revólveres montados en la mano. El regreso lo realizaron por el pie del acantilado, porque de esta manera sólo tenían que guardarse las es-



ban, llevándose de la misma forma a Gabriel; le seguía a pocos pasos Ignacio, que se lanzó denodadamente sobre el bandido; pero, rechazado violentamente, rodó por el suelo. Los dos criminales se dirigían a toda prisa hacia la orilla del río, donde les esperaba su compinche Leandro, junto a la canoa que allí tenían preparada, después de haberla sacado de la gruta. Era manifiesta su intención de llevarse a los dos niños en rehenes para poder luego parlamentar con ventaja y obtener cuanto quisieran. En tan críticos y deses-



perseguidores. Ramírez y los suyos se habían acercado entre tanto a la orilla, y podían abrir fuego libremente contra la canoa; pero no tuvieron tiempo, porque de repente se dejó sentir una detonación horrible, y la embarcación voló hecha añicos. Y era que Carrillo había disparado desde la gruta uno de los cañoncillos apostados en los troneras, y había limpiado el frente de enemigos. Los cuerpos despedazados de aquellos tres infelices corrían entre las aguas del río camino del mar.



pero, como veis, don Severo tenía una vista como para meterse a relojero. Lo que había tomado por un canguro era, una liebre que salía de un tronco del árbol que era su madriguera.



pero, como veis, don Severo tenía una vista como para meterse a relojero. Lo que había tomado por un canguro era, una liebre que salía de un tronco del árbol que era su madriguera.



pero, como veis, don Severo tenía una vista como para meterse a relojero. Lo que había tomado por un canguro era, una liebre que salía de un tronco del árbol que era su madriguera.



"Anda, guapina, lleva al nene de paseo. No te dará guerra, pues está muy bien educado y así llora, ni grita, ni patea, ni quiere subirse a las columnas del tranvía."



"Yo quiero una beva golda. Yo quiero una beva golda. Yo la quiero! ¡Ay, ay, aay, que quiero una beva golda!" "¡Callate, hermoso, ya te daré la beva, no seas cernicalo, guapín."



"Yo quiero una pela golda. ¡Ay, que yo quiero una pela golda!" "Espera, preciosidad con bebero; no abras esa boca, que parece una espuesta. Voy a tirar una pera. ¡A la una! ¡A las dos!"



...y a las tres! ¡Toma la pera! ¡Mi tía, pero qué he hecho! Se me ha ido la puntería y le he machacado el cráneo a este infeliz. No me lo res, cernicalito, cállate, encanto."



Pero allí estaba Laura, siempre dispuesta a favorecer a la de su equipo, y saltándose de la jaula, se la lanzó a "Tremendo", diciéndole: "Toma, campeón invencible; ya tienes careta, y ahora, a ver si marcas más tantos que España a Portugal." "¡Grrr! ¡Grrr! ¡Adelante! ¡Adelante!"

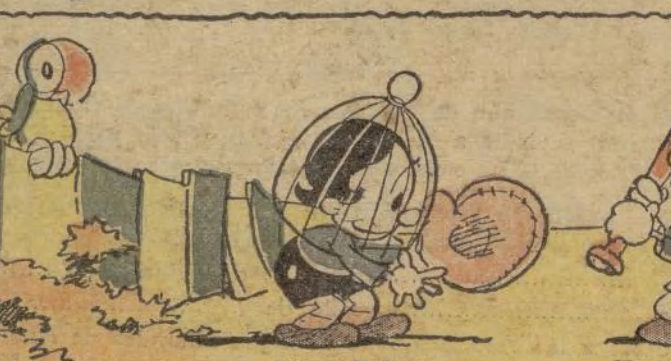
LA COTORRA SABIA



"¡Adelante los invencibles, siempre vencedores! Alegrad esas caras, que parecéis el escaparate de un puesto de confites de Año Nuevo de Tajo."



"¡Adelante los invencibles, siempre vencedores! Alegrad esas caras, que parecéis el escaparate de un puesto de confites de Año Nuevo de Tajo."



"¡Adelante los invencibles, siempre vencedores! Alegrad esas caras, que parecéis el escaparate de un puesto de confites de Año Nuevo de Tajo."

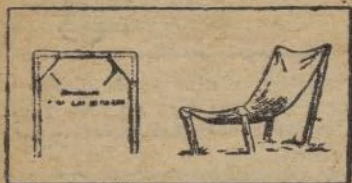


"¡Adelante los invencibles, siempre vencedores! Alegrad esas caras, que parecéis el escaparate de un puesto de confites de Año Nuevo de Tajo."

AMENIDADES

UNA SILLA DE CAMPO ECONOMICA

Los cazadores, los pintores de paisajes y otras muchas personas aficionadas a pasar días enteros en el campo, se preocupan más de una vez por un asiento cómodo y fácil de transportar. Las sillas plegables que se encuentran en el comercio suelen ser molestas y pesadas; hasta las que se pliegan formando bastón resultan incómodas cuando se tienen las manos ocupadas con la escopeta o la caja de colores. Pero hay un medio muy sencillo de resolver todas las dificultades, fabricando en casa una silla campestre cómoda, económica y fácil



de llevar aunque sea en el bolsillo de la americana.

Se confecciona esta silla con un pedazo largo y estrecho de tela de saco, al cual se hace un dobladillo y una especie de bolsillos triangulares en las cuatro esquinas, bolsillos que pueden reforzarse con badana para mayor seguridad. Al llegar al campo, se cortan cuatro estacas de cualquier árbol y se clavan en el suelo de manera que dos de ellas sobresalgan unos 35 centímetros, y las otras dos poco más del doble, formando cada una de ellas un vértice de un cuadrado. Se encajan en los extremos de las cuatro estacas los bolsillos del pedazo de tela, y se tendrá en una sola pieza asiento y respando sumamente cómodos.



El retrato de don José Zorrilla, que nos remite para su publicación el jerominista L. Arévalo, de trece años de edad, es un retrato ante el que hay que descubrirse. Aquí en esta casa, como todos somos chicos modernos, no usamos sombreros. Pero ante tal maravilla pictórica, nos hemos inclinado respetuosamente, y hemos rozado el suelo con la pluma de un chambergo imaginario en honor del pequeño Arévalo.



—Si tuviera seguridad de que fuese usted un hombre serio, le contrataría como actor cómico.

El rey de Persia, célebre conquistador, Cambises, murió de una manera verdaderamente extraña. Habiéndose hecho dueño de Egipto, mandó matar a todos los animales sagrados que en aquel país se adoraban. Los sacerdotes del buey Apis predijeron entonces que moriría antes de volver a sus Estados, y en efecto, cuando sorprendido por la noticia de una insurrección en Persia, quiso volver a su corte, al llegar a Ecbátana cayó del caballo, con tan mala suerte, que su espada se desenvainó y se le clavó en el pecho, cumpliéndose así el vaticinio.

LOS NAUFRAGOS DEL "AIRON"

CAPITULO XLVI

El naufragio

Unidos ya como hermanos, los tres hombres descendieron de la colina, y abriéndose paso a través de la frontera, llegaron a la playa, que recorrieron hasta la pequeña bahía, cerca de la cual estaba amarrada la chalupa.

Dirigieron una postrera mirada hacia la cho-



za en la cual dormía Harry, el maltés, su último y eterno sueño. Desplegaron la vela y tomando la mar a toda prisa, viraron sobre la península, pues querían visitar las costas orientales de su posesión. A aquella península se la llamó península de Harry, en recuerdo del desgraciado maltés.

El mar no estaba tranquilo como antes, pues la brisa había aumentado. Del Este venían largas olas que iban corriendo a romperse con estrépito sobre las escolleras, saltando y lanzando a lo alto sus espumas. También el cielo, tan limpio por la mañana, se cubría de nubes que amenazaban descargar un fuerte aguacero sobre la isla.



Sin embargo, los Robinsones, viendo que a pesar de su pesadez, la chalupa saltaba agilmente sobre las olas, continuaron navegando a lo largo, pues tenían prisa por llegar a su vivienda. El señor Albani continuaba apuntando los contornos de la costa. Hacía las cuatro de la tarde, el estado del mal empeoró de tal forma, que los naufragos comenzaron a sentir inquietud. Olas altísimas continuaban subiendo del lado del Este, amenazando con hundir la chalupa, e impetuosas ráfagas atirantaban la vela, cuyo mástil se doblaba de tal modo que parecía que iba a romperse.

Los Robinsones habían llegado a un lugar peligrosísimo, erizado de bancos y escolleras a flor de agua, muy difíciles de sortear. No era

prudente seguir en el mar con aquel huracán que crecía visiblemente; así, pues, decidieron dirigirse hacia la costa. Desgraciadamente los bancos y las sirtes crecían en número hacia la izquierda, y para colmo de desventuras, el viento era contrario y tendía a lanzarlos a largo.

—¡Mil terremotos!—gritó Enrique—. ¡Me parece que va a ser difícil el arribar, señor Albani! ¡Es preciso virar mar adentro, o perdemos la chalupa!

—¿No se ve ningún paso por entre los escollos?

—Es imposible verlo con esta obscuridad que se nos viene encima.

—¡Tentemos la suerte, amigos míos.

—¡Es imposible, señor!—repuso Marino—; no podemos pasar!

Volvieron la popa a la isla, y se alejaron al Este para poder remontar los bancos y las escolleras. En tanto el mar seguía embraveciéndose de un modo espantoso, y el viento ululaba



entre el cordaje de la pequeña chalupa. La noche negra como boca de lobo, hacía más crítica la situación. Afortunadamente, la chalupa resistía la furia del viento, pero danzaba de un modo desesperado, precipitándose con sacudidas inquietantes. De pronto, a la luz de un relámpago, Enrique descubrió hacia el Este una masa oscura, que parecía ser un gran escollo o un islote de pequeñas dimensiones.

—¡Alerta, hermanos! ¡Alerta!—gritó desesperadamente.

Pero la advertencia llegaba ya tarde. Se oyó un golpe seco, seguido de tres gritos de espanto, y la "España", cogida de flanco por una ola



espantosa, se volcó sobre las olas hundiéndose en el mar.

Las aguas se tragaron en un instante a los tres Robinsones y a la chalupa.

FIN DEL CAPITULO XLVI



SEPTIMO JUEVES INFANTIL "JEROMIN"

Si, queridos amiguitos; hoy celebra JEROMIN su séptimo jueves infantil, en Radio España. El éxito de estos jueves es cada vez más definitivo. Para hoy se ha organizado un formidable programa.

A las cuatro y media, sesión de "cine", en el salón María Cristina, con sorteo de preciosos juguetes.

"Cuento infantil", por César González Ruano. Estreno de la fantasía radiofónica infantil, original de Manuel G. Bengoa, música de José María Legaza.

LOS HEROES DEL FAR-WEST

En el brillante festival, tomarán parte, también, como en jueves anteriores, artistas infantiles que harán las delicias de los pequeños asistentes.

¡Niños!, al salón María Cristina, el jueves. ¡Radioescuchas! A conectar vuestras "radios" con Radio España, a las cinco y media de la tarde.

¿No os habéis hecho aún de los "Amigos Infantiles de "Radio España"? Rellenad el siguiente boletín, enviadle a Manuel Silvela, 9, y sólo por UNA PESETA al mes, podréis asistir al "cine", a las emisiones, y entrar en el sorteo semanal de juguetes.

AMIGOS INFANTILES DE RADIO ESPAÑA

Manuel Silvela, 9.

Don domiciliado en provincia de calle de núm. desea pertenecer a la "Asociación de Amigos Infantiles de Radio España"

Firma

PASATIEMPOS



Esto es una cosa muy seria, muy seria, muy seria. La maravillosa reproducción que nos envía Arsenio Martínez, le acredita de formidables copista, y si sigue así nuestro infantil colaborador, no va a dar abasto para reproducir los billetes de mil pesetas que va a ganar con el dibujo.



Dos "cacos" se han escondido para robar la vaca, ¿dónde están?



¡Señores y qué poder tiene ese Miura y qué batacazo le ha dado al pobre jaco, que, para colmo de desdicha, va sin peto! Esta escena de nuestra fiesta nacional ha sido tomada del natural por Luis Arce, de doce añitos, en una corrida de toros gigantes y caballos enanos.



¿Qué camino seguirá el pastor para coger la ovejita?

La mamá.—¿Quién ha cogido la pera que había en este frutero?

Juanito.—Yo, mamá; se la he dado a un niño que tenía hambre.

La mamá.—¡Hijo de mi alma, tienes un corazón de oro! ¿Y quién era ese pobre niño?

Juanito.—Yo, mamá. Antonio García, 13 años, Castuera (Badajoz).



El terrible cow-boy, terror de las Pampas, se descubre ante los lectores de "Jeromin". Esta maravilla de dibujo nos la remite el genial dibujante — según nos dicen tiene mucho genio— Alberto García Baracaldo, de doce años de edad.

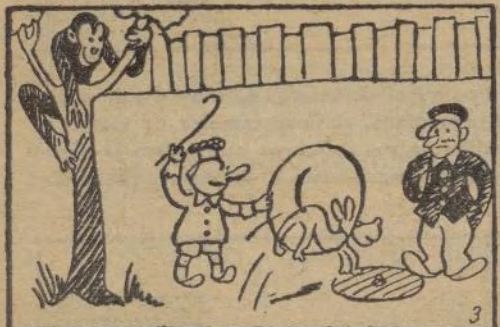
EL MONO DE IMITACION



El mono Tolomito se escapó del parque zoológico sin que pudieran detenerle. Tras de él salió Amadeo, que era el encargado de la limpieza de la jaula del animal, y Amadeo sabía que si se le escapaba el mono le ponían a él en la calle. El pobre Amadeo corría tras del mono, pero inú-



til: Tolomito era un mono campeón de carreras y daba cada salto como para cruzar el Atlántico. Pero Tolomito se veía cazado y se subió a un árbol para librarse de su perseguidor. Amadeo se quedó muy triste, viendo que se le escapaba el mono y el cocido. Pero, en es-



to, llegó por allí un sobrino de Amadeo que era más listo que Cardona, y sabiendo el espíritu de imitación de los monos, instó a su perrito amaestrado para que saltase a través del aro. El perrito saltó una, dos, tres, diez veces por el aro con singular destreza, y esta muestra de



agilidad despertó la envidia y el afán de imitación de Tolomito, que sin acordarse ya de Amadeo, bajó del árbol dispuesto a saltar también él como el perrito. Y, efectivamente, tomando carrerilla, Tolomito brincó ágilmente por el aro puesto para que saltase. Mas no sa-



bía el mono de imitación la que le esperaba y el castigo que iba a sufrir. Saltó por el aro, pero en lugar de caer airoosamente en el suelo, cayó de cabeza a la trampa yue había abierto Amadeo y que correspondía a los subterráneos de la casa de fieras. Tolomito, víctima de



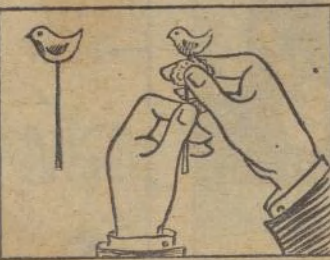
su envidioso afán, había sido de nuevo capturado. Amadeo respiró libre de aquel peso y regaló a su sobrino treinta y cinco céntimos para que fuese al "cine" y se comprase una bicicleta o hiciese lo que gustara con aquel capitalazo que le regalaba.

EN SERIO Y EN BROMA

La naranja recreativa. — Cuando os hayáis comido una naranja — que es lo primero y lo mejor que con ella podéis hacer — os quedan la piel y las pepitas para divertirnos un rato. Ante todo, podéis hacer unos pequeños fuegos artificiales exprimiendo la cáscara cerca de una llama. El jugo que saltará por los poros de la corteza, se inflamará en la llama con un pequeño chisporroteo. Luego, cogiendo la tapa de un tubo de aspirina o algo parecido, y apretando su borde contra la corteza de la fruta,



podéis cortar varios pequeños discos, que os servirán como fichas blancas y de color, para jugar a las damas, al asalto, y a tantos otros juegos semejantes. Con esos mismos discos podéis hacer un blanco para ejercitar vuestra puntería. Con una ligera presión de los dedos los podéis pegar a la pared, a un cartón, etc., en forma de



estrella; entonces tomáis una aguja, enhebráis en ella un palmo de hiyo, y ya tenéis el arma arrojadiza que podréis disparar desde un metro de distancia. Con esos mismos discos podéis hacer peonzas, atravesando por sus centros la mitad de un mondadientes afilado.

Con las pepitas podéis hacer unos diminutos pollitos. Un puntito acertadamente pintado, hará el ojo. Una curva, el ala. Si montáis el pollito en un alfiler, disimulándolo en una miga de pan, y moviéndolo por abajo, parecerá



se bajo uno de los rebordes de los labios, para que haga oficio de que el pollo picotea el pan.

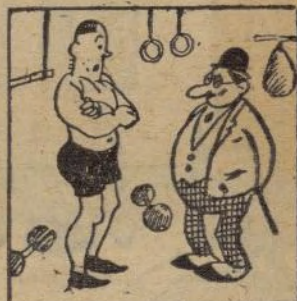
En una naranja entera, con la tapa del tubo de aspirina se pueden vaciar en la corteza tres agujeros redondos que simulen los ojos y la nariz de una careta. Dos pepitas de manzana simularán las niñas de los ojos. Un corte de forma de media luna figurará la boca. Cortando en la cáscara de otra



naranja una flecha, podrá sujetar lengua.

Finalmente, vaciando cuidadosamente con un cuchillo la pulpa de una naranja por un agujero circular hecho en la parte superior, se llena luego la cáscara hueca con arena bien seca para que no se deforme, y se deja a secar al sol o en un horno sue-

ve. Cuando la cáscara esté ya bien seca, se tiene un recipiente perfectamente esférico, en el que podéis guardar pequeños objetos, lápices, sellos, botones, plumillas, etc. Cuando os canséis de vuestro juguete, se lo dais a la cocinera. Hay nada mejor para encender el fuego que las cáscaras secas de naranja.



—La gimnasia es una cosa esencial para la salud.

—Pues nuestros antepasados no hacían gimnasia.

—Y ya ve usted, se murieron todos.

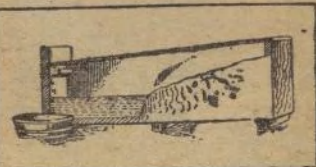


HORMIGA COSTURERA

No todas las hormigas crían y educan a sus larvas desinteresadamente. En los países tropicales las hay que construyen sus nidos con hojas cosidas entre sí con cierta seda que las larvas producen, y esta especie emplea a sus crías, en este primer estado, como agujas o lanzaderas. Cada hormiga coge una larva con la boca y la va pasando por los bordes de las hojas, hasta que éstos quedan reunidos por una finísima hebra.

AGUA DULCE DEL AGUA DEL MAR

El sistema que se emplea comúnmente para sacar la sal del agua del mar, consiste en poner el líquido en tanques de poca profundidad y dejar que el sol se encargue de evaporar el agua. Ahora hay quien propone el mismo procedimiento para obtener agua potable del agua marina con sólo tapar los tanques con una cubierta de cris-



tales un poco inclinada. De este modo, el calor del sol al pasar por el vidrio evapora el agua, y el vapor que se condensa en la cubierta resbala por efecto de la inclinación de ésta y va a caer, convertido en agua dulce, en un pequeño canalón desde el cual cae en una tina, como se ve en el grabado. La condensación puede acelerarse echando agua encima del cristal, porque así se conserva frío sin impedir el paso de los rayos del sol.

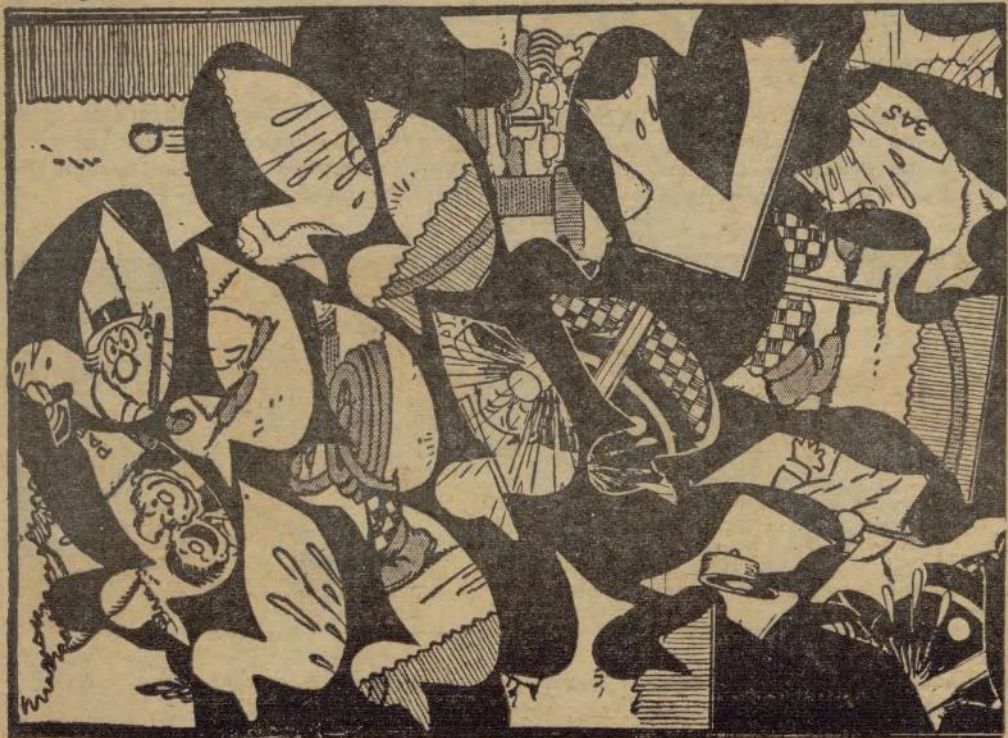


—Mamá, ¿para qué querías los huevos que me has mandado comprar?

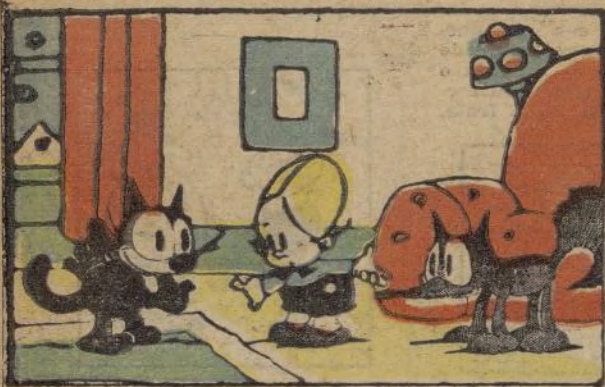
—Para hacer tortilla.

—¡Vaya, menos mal!

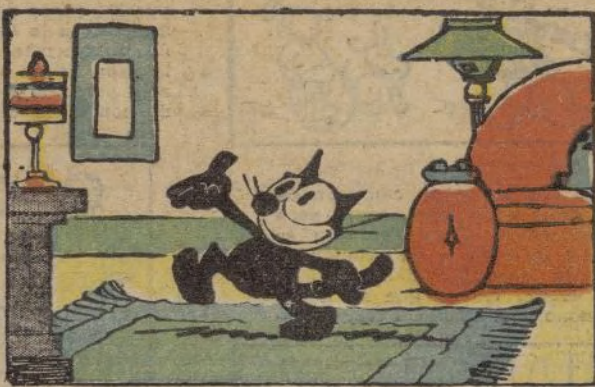
ROMPECABEZAS



ANDANZAS DE GATO FELIX



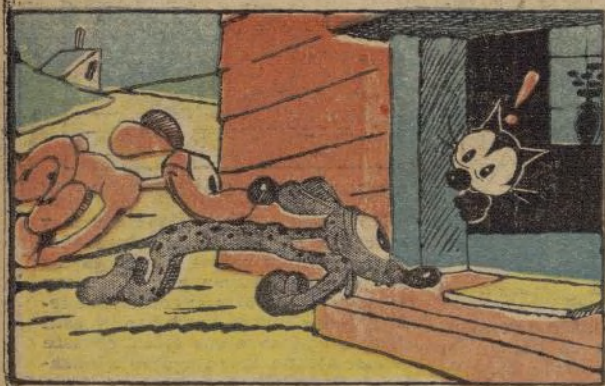
Félix y Bimbeto decidieron proteger a la pobre zepita, que estaba en el mundo más sola que un hongo, y se dedicaron a pensar el medio de que se valdrian para enseñarla a hablar y a comer como hacen las personas.



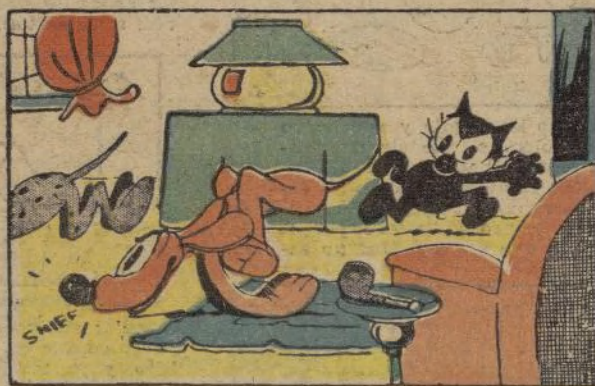
Pero aquello ya vendría con el tiempo; lo cierto es que le habían salvado la pelleja, y Félix, más contento que un peón de música, se puso a buscar por la casa un sitio a propósito para instalar al animalito decentemente.



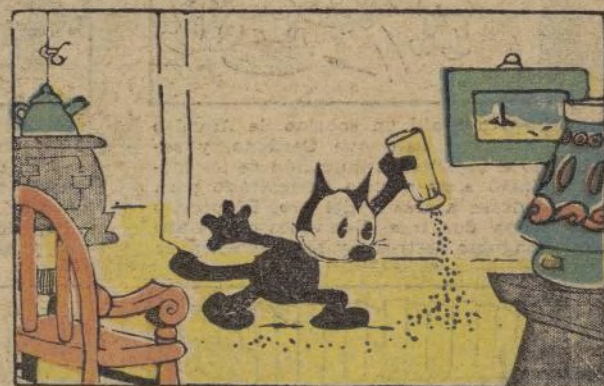
Mientras que nuestros amigos seguían dando cima a sus nobles propósitos, el fiero cazador de zorras y los malas bestias de sus sabuesos rastreaban la pista del animal, con la sana intención de hacerla picadillo.



Félix oyó el galope de los miserables, que llegaban con el hocico pegado al suelo, y, al suponer los siniestros propósitos de aquéllos, lanzó un ¡ay! de dolor, que no lo mejora ni el trágico más grande del mundo.



Los sabuesos, siempre tras de su pista, se colaron en la mansión, diciendo "esta casa es mía". Félix, dispuesto a no tolerar que se cargasen a su nueva amiga, subió escaleras arriba para prevenir a Bimbete de la tormenta.



Pero ya en el cuarto del niño, Félix tuvo una de esas ideas que le habían de immortalizar, y cogiendo el tarro de la pimienta, lo fué derramando a lo largo y a lo ancho de la habitación por donde tenían que pasar.

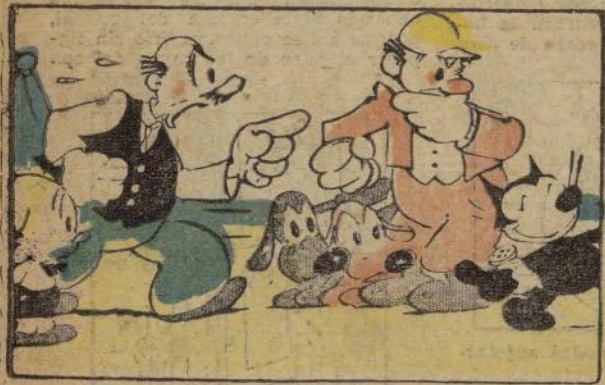


Los sabuesos cogieron bien pronto la pista de la pimienta, y aspiraron aquel aroma tan picante, con un si es no es, más bien si es de recelo, diciendo para su pelleja: —¿De dónde saldrá este olor nauseabundo?

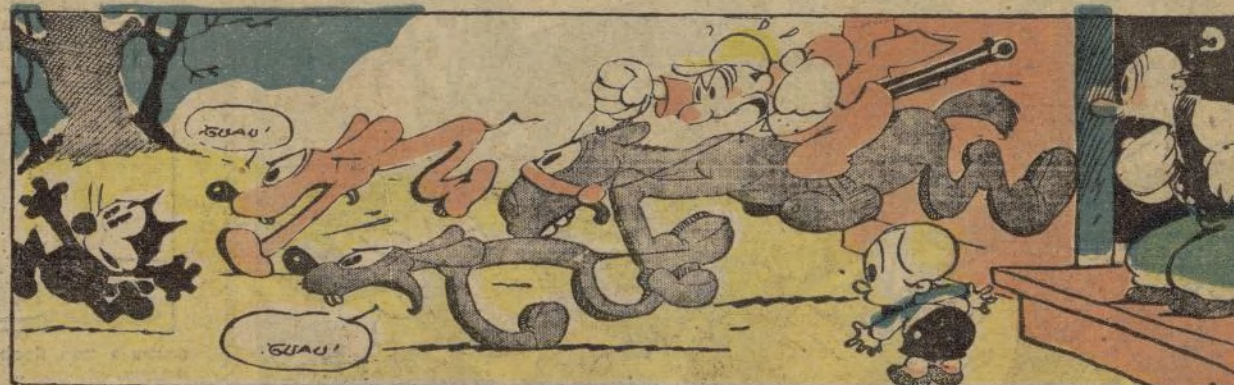


Durante este espacio de tiempo, el fiero cazador llegaba caballero en su indecente penco, y ante su vista se ofreció un espectáculo desconsolador. Los dos sabuesos, en virtud de los efectos de la pimienta que

se les había metido hasta el estómago, lanzaban unos sonoros y tristes estornudos, que amenazaban derribar las paredes: tan estruendosos y tan fuertes eran los ataques que les originaba la pimienta.



Al ruido de los estornudos, apareció el papá de Bimbete, y, muy indignado, arrojó de su casa a los intrusos, amenazándoles con denunciarles en la comarca más próxima si no abandonaban pronto la casa aquella.



El fiero cazador salió de la casa más quemado que una ración doble de picatostes y maldiciendo del autor de la broma de la pimienta. Pero los sabuesos tenían tan mala idea como largo el hocico—que ya es

tener—, y, por misterios insondables de la intuición, descubrieron que Félix había sido el autor de la faena, y arremetieron contra el gato para vengar en él toda su rabia y todo su rencor. ¿En qué quedaba aquello?